

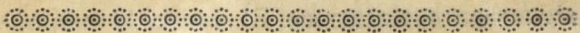
P. José URANGA, S. J.



CONFERENCIA

LEIDA POR EL AUTOR EL DIA 2 DE
FEBRERO DE 1936 EN EL SALON
TEATRO DE LOS PP. SALESIANOS

Escuela Tipográfica Salesiana de Las Palmas



LA ACCION
SOBRENATURAL Y UNIVERSALISTA
EN LA PERSONA Y EN LA OBRA
DE SAN JUAN BOSCO

Yo los ví: yo los ví, después de los incendios del 11 de mayo de 1931, cuando huyendo de Madrid, a favor de las sombras de la noche, llegaban a la quietud gozosa de los valles húmedos y recatados de Guipúzcoa, los jesuítas perseguidos por aquel populacho turbulento y sanguinario, que ante la indiferencia desdeñosa y el aplauso criminal de la sociedad y... de las autoridades, aplicaba la tea incendiaria a casas religiosas que fueron emporio del saber y relicarios del arte. Fué entonces cuando un jesuíta, celebérrimo por su elocuencia y virtud, llegó fugitivo, sudoroso y jadeante a las puertas de un conocido y amigo «Abreme, hijo, ábreme, que me per-

siguen para matarme». El amigo le respondió «Perdone. Padre; yo con mucho gusto, pero ya ve Vd. es un compromiso para mí y no puedo recibirle». El Padre bajó los ojos y salió huyendo por los tejados... De sus labios oíamos más tarde aquellas palabras, encendidas al rojo por el desengaño «Créame: la lección más elocuente que yo he aprendido en esta jornada de dolor, ha sido la ingratitude humana».

En este cuadro de sombras, recargado más aún el día de la disolución de la Compañía, se estremecieron, sin embargo, arreboles de luz y rompientes de gloria. Cuando Madrid se empenachaba de humo y se iluminaba el perfil de sus palacios a la luz trágica y bochornosa de unos incendios, alegre y deleitosamente preparados, avisados, y «justificados» hubo un Padre salesiano, futuro Obispo de Pamplona, que sintió hervir su pecho de indignación, ante aquellos desmanes canivalescos y él mismo, personalmente, acompañó, al salir, a los Padres de Chamartín, diciéndoles «Nunca he deseado con más ardor el ser jesuita, que el día de hoy, en que gloriosamente son ustedes perseguidos por los hombres.

Fué entonces, cuando esta misma casa de Las Palmas abrió sus puertas de par en par

e hizo presión y violencia dulcísimas para cobijar bajo su techo a los invictos mártires de Cristo. Fué también en aquellos días luctuosos, cuando el Muy Rvd. P. General de los Salesianos hacía saber a sus hijos, que todas las casas salesianas se disputaran a porfía, el recibir triunfalmente a las víctimas inocentes de la Masonería Internacional.

Ahora comprenderéis con cuánta confusión y con cuánta alegría recibí yo el honor altísimo de engrainaldar la figura de S. Juan Bosco con las violetas humildes de mis toscas palabras. Solo una grandeza aportó a este empeño. La grandeza de mi intención y de mi voluntad, afanosa por agradecer en alguna manera el sincero afecto que los hijos de S. Juan Bosco —¿no es así?— sienten por los hijos de Loyola.

I

Hoy se ha montado una especie de laboratorio o ciencia, para acumular, clasificar y sistematizar las experiencias religiosas, los fenómenos espirituales, las diferencias psicológicas de los Santos. También yo monté mi pequeño laboratorio y sometí a examen los hechos de este personaje singularísimo, por cierto, sin preocupaciones inquietantes y sin

tendencias apriorísticas. Leí con avidez cuanto pude alcanzar sobre la persona y la obra de S. Juan Bosco. Y, al principio—os lo confieso—al penetrar en la frondosidad exuberante de sus hechos biográficos, de sus múltiples obras de apostolado, de sus oratorios, de sus golfillos, de sus colegiales, de sus imprentas, de sus talleres, de sus iglesias, de sus misiones de ultramar; al remontar la corriente de todo ese dinamismo turbulento, material y espiritual, desbordado aquende y allende los mares por aldeas, por patios de casa, por rincones de alquería, por seminarios, por fábricas, por sacristías, ¿qué se yo? por un relieve geográfico y social, discontinuo e informe y, al parecer, sin la brújula de un plan fijo, sin programa premeditado... pareció llevarme a la conclusión de que S. Juan Bosco era un personaje enmarañado, nebuloso, desdibujado y desconcertante. Desconcertante e irreductible, para un análisis científico, para un estudio y aquilatamiento filosófico. Y eso, lógicamente, no podía ser. Había que remansar mis inquietudes y rectificar mi desorientación. Había que buscar la directriz del pensamiento de S. Juan Bosco, la trayectoria fija de su actividad. Se imponía la búsqueda de la línea magnética, que redujera a unidad

el conglomerado ingente de sus obras, y, sobre todo, si era posible, sorprender y sondear en el abismo de los designios de Dios, la inspiración fulgurante de su gracia, que desde la cuna rústica del Santo hasta su sepulcro de gloria, de una manera libre siempre, inconsciente muchas veces, moviera su voluntad de aldeano, de obrero, de seminarista, de apóstol, de fundador, a la realización triunfal de un plan divino perfectamente delimitado y grandiosamente realizado.

¿Cuál era ese plan de Dios en la persona y en la obra de D. Bosco? Como fin último y primordial—fijáos bien—¿será la regeneración del vagabundo, del golfillo, del hijo del obrero? Como objetivo totalitario y definitivo, ¿será la rendición parcial, fragmentaria de un sector de la sociedad, de los fondos bajos de la humanidad, en que se fraguan todos los crímenes y se incuban y maquinan todas las revoluciones?

Yo no lo creo así. Yo no creo que el pensamiento integral de S. Bosco se ciñera a proyectar todas las energías avasalladoras de su persona extraordinaria y de su voluntad gigante, con ser ya mucho, a la elevación económica y espiritual de unos jovencitos, esclavos del maquinismo industrial y del de-

senfreno inconveniente del vicio. Podrá el Santo actuar en uno o en otro frente limitado: fijar su predilección de apóstol en la edad juvenil, en el abandono de la golfería: pero es siempre *por ganar alturas estratégicas* para desde allí, hacer producir a su obra el máximo rendimiento: es con fines transcendentales, con miras universales, que abarcan el mundo y la sociedad toda, sin estrecheces, ni fronteras de tiempo y espacio, de fortuna y de indigencia, de sexos y de clases, de civilización y de barbarie.

De ahí, amadísimos cooperadores, que pudiéramos esta tarde condensar todo el estudio valorativo de S. Bosco y calibrar todo el aliento propulsor vigoroso de su obra en estas palabras: «*Acción sobrenatural y universalista de la persona y de la obra de San Bosco*».

II

Y primero. La vida y la obra de San Bosco o es *sobrenatural* o no es nada. Está toda ella informada en su génesis y desarrollo armónico por un ideal y una fuerza divina o es un enigma incomprensible y un caso único en la historia.

De una aldea recatada en los repliegues

alpinos, de un huérfano de padre a los dos años, de un hijo de madre pobrísima sin recursos ni valedores poderosos ¿qué puede esperarse?

Es verdad que de ese niño se podía escribir lo que decía un biógrafo de San Francisco de Sales. «Este niño bendito tenía impresos en su persona los caracteres de bondad: su rostro estaba siempre alegre, sus ojos eran dulces, su mirada amante y todo su exterior tan modesto, que parecía un ángel» Pero al fin qué esperanza caben cifrar ni ahora ni nunca, de ese tipo de aldeano, reproducido en millones de seres anónimos, de montañés inculto, forjado en temperaturas extremas de todos los soles y de todos los hielos, conductor de un carro rústico chirriante o de una perezosa pareja de bueyes, encorvado sobre la esteva del arado, de ese tipo de todos los climas y de todas las edades, sin el estímulo heroico y fortísimo de un ideal grandioso en lo natural, como sería evitar el derrumbamiento de la patria amenazada, de la intervención providencial y altísima de la mano de Dios, que saca de las piedras hijos de Abraham y de los doce pescadores, las columnas graníticas e inmovibles

de la Institución más impresionante del mundo, la Iglesia Católica?

Eso ya a priori: porque ya después, muerto el santo y conocida hasta el detalle su vida interior y la expansión externa de sus actividades, es facilísimo escalonar una serie de acontecimientos sobrenaturales, sin entrar en el íntimo y misterioso contacto de Dios y su alma, que acreditan esta verdad hasta la evidencia. «Don Bosco es la unión con Dios» decía el Cardenal Alimonda. «Don Bosco parece Nuestro Señor Jesucristo» añadían sus niños. He aquí dos frases, densas de significado, que prueban la iluminación mística y sobrenatural de San Bosco.

Aquella visión de los albores de su vida, a los nueve años, en que Jesús y María le revelaron en el rebañito de ovejas sus futuras conquistas de forjador de almas: aquella piedad temprana que, tal vez entre el oro de los trigales, en la floración perfumada de plantas aromáticas o el bosque frondoso de las laderas hacía doblar sus rodillas, abrir sus brazos, iluminar con fulgores extáticos sus ojos, dulcemente entornados hacia la tierra o místicamente vueltos al azul del cielo: aquellos afanes apostólicos «da mihi animas», sin causa natural ni precedentes lógicos, de

agrupar a su alrededor a los chicos del pueblo, entreverando la magia de sus acrobacias con el murmullo de las plegarias o la instrucción catequista: aquella vocación sacerdotal, cuya realización llevaba consigo superadas tantas dificultades de orden económico o sentimental: aquella decisión de Fundador, infundida en su alma tras largos coloquios con el Sacramento del Amor y con la Reina idolatrada de sus amores, María Auxiliadora: aquel poder taumaturgo ante el cual se abatían los poderíos infernales, las dolencias incurables, los arcanos del porvenir, los secretos de la conciencia, hasta las leyes de la gravitación de los cuerpos; aquel espíritu sobrenatural de su pedagogía preventiva, que llenó de asombro a directores de prisiones y Ministro de la Corona Británica... ¿A qué seguir espigando en ese campo inmenso de fecundidades divinas, cuando toda la vida de D. Bosco, toda la persona y obra del Santo, no es sino el instrumento vivo y consciente del brazo Omnipotente y del Corazón abrazado de Jesús, que precisamente, en las grandes convulsiones de la Historia, en los momentos culminantes de un período de tragedias sociales, en que el alcázar de la humanidad parece cuartearse, envolviendo en sus

ruinas los valores tradicionales, los principios básicos de pretéritas prosperidades en vía amorosamente al Apóstol ardoroso, al Genio creador, al Estratega providencial, que, profundo conocedor de la situación anárquica o enfermiza de su patria o del mundo, parece detener el curso precipitado y disolvente de los siglos encauzarlo por nuevos derroteros de regeneración hasta la ascensión penosa, pero gloriosísima del Tabor de los grandes resurgimientos.

S. Benito, salvando entre el rescoldo calcinado de la civilización pagana la restauración de la cultura romano-helénica y domando con la dulzura evangélica la fiereza brutal de los pueblos del Norte. *Sto. Domingo*, reduciendo a sistema el inmenso caudal filosófico y teológico de los siglos precedentes, y acreciéndolos con la investigación paciente y felicísima de nuevos problemas. *S. Francisco* en la refluoración asombrosa de la sencillez atrayente y sugestiva de la pobreza y de la caridad seráfica en la familia y en la sociedad, conforme al modelo sangrante de Cristo Crucificado. *S. Ignacio de Loyola*, frente al desquiciamiento espiritual más hondo en la Historia de la Iglesia, infundiendo savia religiosa y cristianizando las inquietudes mate-

rialistas y paganas del Humanismo renacentista y confundiendo las fronteras del Papado con las geográficas del mundo, al impulso vigoroso de la ciencia, del arte y del apostolado. *San Vicente Paúl*, ostentando al mundo el prodigio de su genio flexible y taumaturgo en la creación deslumbrante de dos ejércitos, el de los presbíteros de S. Lázaro y el de las vírgenes aladas, las Hermanas de la Caridad. He ahí la legión prócer y luminosa de los grandes predecesores de S. Juan Bosco, espadas flamígeras del Omnipotente, antorchas lucientes de la Sabiduría Increada, heraldos de Dios, instrumentos dóciles de la acción sobrenatural, a los que se había de vincular este «Santo de la leyenda», como le llamaba aquel gran impenitente Víctor Hugo, venido al mundo a principios del siglo XIX, cuando el coloso militar Napoleón iba a llorar sus ilusiones marchitas en el peñón de Sta. Elena y Europa entera crepitaba bajo las llamas arrasadoras del incendio avivado y mantenido por aquel Genio de la Guerra...

Singular contraste. Napoleón cayó y hundióse su gloria en el ocaso de la maldición universal de los pueblos. ¿Porqué? porque no supo ni quiso estribar en Dios, no supo ni quiso buscar la inspiración de lo Alto y la

fuerza eterna robustecedora de las obras en el poder de Dios.

D. Bosco murió, digo mal, descansó en un ocaso embriagante de flores; en un crepúsculo desfalleciente de arreboles, pero para prolongarse espiritualmente en su obra inmortal y brillar así a perpetuidad en el zenit de su renombre imperecedero con incendios de mediodía. Y su nombre es bendición para todos los pueblos. ¿Por qué? porque en el castillo interior de su alma, se puso al habla con Dios, contempló su belleza divina inmarcesible, encendió su corazón en hogueras de amor seráfico y entonces, sí, el pastor de Bechis será un «alter Christus», otro Cristo y, como El, pasará por el mundo haciendo bien «pertransiit benefaciendo» y será enviado a evangelizar a los pobres «evangelizare pauperibus misit me» y adoctrinará a todas las naciones, bárbaras o civilizadas, «docete omnes gentes» y conducirá al conjuro de su silbo y de su cayado paternal a los pastos ubérrimos de la doctrina del Pastor Bueno a muchas almas «quæ non sunt ex hoc ovili» descarriadas del redil de Cristo «et illas oportet ad Me adduci», que, sin embargo, es preciso ganarlas para ese Jesús, que las ganó a todas con su sangre y las conoce y llama «nominatim»

cón su propio nombrè, «et oves Illum sequuntur» y le siguen y seguirán, gracias a la acción *sobrenatural* y *universalista* de Don Bosco los que antes eran lobos, como un rebaño apretadísimo de blancas lanas, de balidos dulces, de miradas agradecidas, de pechos fecundos...

III

Estas consideraciones nos llevan como de la mano a aquilatar, siquiera sea brevemente, el carácter *universalista* de D. Bosco que podía discutirse acaso, aun por los conocedores de su vida y de su obra.

Porque podía objetar alguno: ¿cómo se habla de universalismo en un hombre, que concentró la potencialidad de su persona y de su Institución Salesiana en la educación de los niños pobres.? No es acaso este empeño regenerador del hijo de la calle o del taller el fin específico de los salesianos? La objeción tiene fuerza y voy a intentar desvanecerla con la claridad posible.

En primer lugar. Si lo que es hoy la Congregación Salesiana traduce y refleja fielmente las aspiraciones e inquietudes de su Fundador, si el pensamiento del Santo ha cristalizado adecuadamente en esa expansión

Salesiana de todas las empresas y actividades, a que con maravillosa organización se dedica la múltiple familia salesiana de religiosos, monjas, cooperadores y antiguos alumnos, fácil es de ver que su apostolado desborda el cauce limitado de la juventud menesterosa.

Y si no, escuchad. Tiene colegios de segunda enseñanza: tiene campos vastísimos de Misiones entre gentiles: tiene iglesias y capillas públicas para la cura de almas, tiene lazaretos: tiene imprentas, editoriales y obras postescolares de máxima eficacia y rendimiento.

¿Dónde esta aquí, el exclusivismo de una sola clase y de una sola edad, la de los niños pobres? Y no es que yo condenara la limitación de un apostolado a una finalidad concreta y parcial, sino que trato de sondear en las profundidades luminosas del pensamiento integral de D. Bosco. Es verdad que sintió preferencia por los niños abandonados y que no es posible ambientar la figura del Santo sin la corona bulliciosa de unos niños.. Pero aun ésto proclama la intuición, universalista y trascendente de su genio. Porque al formar al niño, al vaciar el alma de la juventud desenfrenada en moldes cristianos, sa-

bía bien que formaba la sociedad del mañana:

«Las cunas ante las cuales no se reza, presagian generaciones que hacen temblar» decía Monseñor Gibier. Esto lo comprendía mejor el gran pedagogo del siglo XIX y por eso acarició la ilusión de moldear el alma de los jóvenes, a pesar de la aridez del camino, erizado de mil dificultades, a pesar de la pedagogía de sufrida dulzura y de alegría expansiva, aplicada a fierecillas indómitas, casi cazadas a lazo en la selva enmarañada de todos los abandonos criminales o de todas las lacras degradantes.

¿Por qué? Porque en la presente estructuración de la sociedad, la juventud es no solo una magnífica posición de retaguardia, sino también fuerza de choque, violenta en ocasiones, dinámica siempre y arrolladora.

Y preferentemente tenía sus delicias en los colegios de pobres, de huérfanos de hogar, de familia o de sentimientos. ¿Por qué? ¿Por qué siempre? porque su mirada perscrutadora se hundía en este porvenir del industrialismo de las grandes concentraciones obreras; de las masas turbulentas del proletariado; mar embravecido de ondas encrespadas y agitadas conscientemente por el huracán del egoísmo calculador o de la demagogia revo-

lucionaria, que había de desempeñar un papel tan preponderante en las sociedades modernas, imbuídas del capitalismo liberal o del comunismo anárquico, del laicismo ateo o del bolchevismo salvaje y sanguinario.

No era ceñirse exclusivamente a un objetivo: era plan de organización y táctica espiritual: era escalar alturas y ocupar posiciones estratégicas, para influir con más eficacia en toda la extensión del frente.

Del «enemigo el consejo» decía el mismo: y ¡cómo se aúnan y concentran partidos políticos de los más opuestos matices, y se vinculan estrechamente entre sí con el denominador común de la irreligión, organizaciones impías, sectas masónicas, instituciones las más extremistas y antagónicas, agrupadas bajo un sólo guión y bajo un sólo lema «*Hay que apoderarse del niño, hay que arrancarle el principio estúpido de Dios; «hay que apoderarse a toda costa de la escuela e imponer solapada o descaradamente, sinuosa o brutalmente el laicismo impío y el ateísmo corruptor... ¡Fuera crucifijos, —gritan— y fuera catecismos!*». Si ya no es que se presenten entonando cantos líricos a la libertad de los espíritus e invocando respeto a las conciencias del niño...., ¡oh,, cooperadores salesia-

nos! ¡Qué sarcasmo tan cruel resulta ese principio en boca de los corifeos de la impiedad, que suplantán el crucifijo con la bandera roja, los cánticos religiosos con el himno de la Internacional, las manecitas blancas que bendicen y envían besos con los puños en alto que maldicen y amenazan con la destrucción y la sangre.

Quería también colegios de segunda enseñanza para la clase media y la aristócrata. Pero siempre con miras *universales*. Porque no se ocultaba a su perspicacia la enorme preponderancia de las clases directivas, el decisivo influjo de una *élite* o selección depurada, que mañana ha de empuñar las riendas del poder en el orden de la política de la cultura, de la industria, de la banca, de la agricultura..

Y ese mismo principio de universalidad, ese anhelo hiriente de que su trabajo fuera de acción multiplicadora, le ocupó en la preparación de futuros sacerdotes, hasta ofrendar a sola Italia *más de seis mil*; y eso en aquellos aciagos tiempos de los carbonarios del populacho, de los intelectuales pedantes y de los políticos sin decoro ni poder. Caso único y estupendo que difícilmente podrá superarse.

Y ¿qué otro rumbo marca esa aeronave gigante del espíritu de Don Bosco, cuando proyecta y realiza, ya en vida, la evangelización de los patagones, primera irradiación de la gran expansión misionera salesiana, que actualmente cuenta setenta y tres centros de misión en Asia, Africa, América y Australia: la fundación de las *Hijas de María Auxiliadora*, rama femenina de prodigiosa vitalidad: la institución de los *Antiguos Alumnos*, con que se adelantó medio siglo a otras similares; las *obras postescolares*, de tan apremiante necesidad en nuestra Patria, que de haberse imitado este ejemplo, hubiéranse hecho estériles, en parte, las intentonas revolucionarias: las *Escuelas Agrícolas*, las *Escuelas de Arte y Oficios*, los *Asilos* y *Orfanatos* y, por fin, la obra providencial, sin la cual el árbol corpulento y frondosísimo de Don Bosco se debilita, aridece y casi muere, la *Tercera Orden Salesiana*, que son los *Cooperadores*, sin los cuales—habla el santo— «muy poco o nada hubiéramos podido hacer» y con su caridad, en cambio, después de Dios, ha habido que contar para todos los bienes, que ha producido la Obra Salesiana?

Aguila de altos vuelos, estrategia portentoso, que desde las cumbres cimeras de su in-

tuición genial atalayaba los vastísimos horizontes del mundo con planes de conquista, con ilusión encendida de apóstol, se le veía en su casita de Turín consultando mapas, indagando noticias sobre las regiones incultas y paganas de Angola, Bengala, el Congo y la China... Y soñaba aquel gran enamorado de Jesús en «instaurare omnia in Christo» en el establecimiento del reinado universal de Cristo y para ello—¡emociona el proyecto!—redacta una carta circular para los Reyes y Presidentes de Repúblicas de todo el mundo, recabando protección y auxilio para las misiones católicas y, en las que manda al sha de Persia y al emperador de China, les prometía el envío de expediciones salesianas.

Don Bosco está ya viejecito y tembloroso. En unas de sus últimas misas se enervorizó de manera, que, terminado el santo sacrificio hubo que retirarle a su aposento. Lloraba mansamente y fijaba sus ojos en la lejanía misteriosa.... la lejanía azulada de su infancia.—«¿Qué tiene, Padre, porque llora?» le preguntaban sus hijos conmovidos. «*Pensaba, responde él, en aquel primer sueño de mis tiempos de pastorcito—Se lo conté ingenuamente a mi madre y a mis hermanos.*

Será capitán de bandidos.... será pastor.... será sacerdote, exclamó mi madre.... y otra Madre, la del Cielo, me dijo dulcísimamente «Todo lo comprenderás a su tiempo». Ahora lo comprendo todo y quedó arrobado en éxtasis de agradecimiento y admiración hacia María Auxiliadora y su Hijo benditísimo.

Ahora, sí,—añadiremos nosotros—ahora podemos clasificar en síntesis y calibrar ese fenómeno extraordinario del Santo sorprendiendo a la luz de la Fe y del análisis filosófico el origen divino de su obra, la ley de su evolución sobrenatural, la elevación altísima de sus ideales.

Fué su obra sobrenatural y universalista. Apóstol de Jesucristo, Corazón seráfico, espíritu místico, amante apasionado del Salvador, podía decir con S. Pablo que su vida era Cristo y por ello su inquietud más viva el identificarse con Cristo: era, permitidme la frase, una transfiguración de Jesús por el amor y la caridad que le apremiaba sin descanso.

«Don Bosco parecía Dios N. S.», repetían muchas veces los niños. Si su persona se transfiguraba a lo divino, si su corazón se

abrasaba en el amor arrebatado de Cristo, nada extraño que su afecto, sus ideales, sus proyectos, sus obras, en una palabra, la exteriorización plástica de su hoguera interior fuera del todo *sobrenatural* con alcance *universal*. Salvadas las distancias y las proporciones, parecía Jesús haber reencarnado en la dulce figura de D. Bosco, para hacer florecer el desierto árido de la humanidad con un copioso riego de la sangre divina de la Redención y embellecer y ataviar el jardín de la Iglesia, agostado algún tanto y marchito en el alborar sangriento del siglo XIX.

El amor de Jesús fué su inspiración y su fuerza, su ideal y su energía. Pero también el principio fecundo de su universalismo apostólico. Si amó apasionadamente al Cristo personal e histórico, debía amar lógicamente al Cristo espiritual y místico, que son preferentemente los justos, realmente los bautizados, potencialmente, como dirían los teólogos, los redimidos todos. A nadie excluyó su caridad ardiente: a todos quiso envolver en la irradiación apostólica de su corazón de fuego. «Da mihi animas» dame almas, era su lema y fué la síntesis cifrada de su vida. Si parecía a veces replegarse a un campo limitado,

fué solo por espíritu de estrategia, por un sentido iluminado de adaptación y de flexibilidad, por actuar en los centros vitales del organismo de este gran enfermo de la humanidad.

*
* *

Ni el nombre de D. Bosco, ni su obra perecerá jamás. El celestial poema salesiano que comienza con idilios de niñez en los Oratorios y continúa con leyendas de intenso dramatismo en las misiones de los infieles; que parece resonar con risas de niño y juegos de estrépito y trepidar y estremecerse con el ruido de máquinas, palancas y martillos, ese poema, con ser ya tan apretado y armonioso, no ha escrito más que las primeras estrofas reales y seguirá escribiéndose con sangre de sacrificios y con luces de triunfales empresas hasta la consumación de los siglos.

La persona de D. Bosco queda reflejada fielmente en la de sus hijos y su institución providencial, se engrandece y se agiganta impulsada por el mismo espíritu genuinamente *sobrenatural y universalista*, que hoy alien-

ta en la triple familia salesiana, que en pocos años entre religiosos, cooperadores y niños ha podido endulzar las amarguras divinas del Corazón doliente de Jesús con aromas fragantes de santidad, con azucenas inmarchitas de virginidad, con rosas encendidas de martirio.

He dicho.

